

ALGO MAS DE UN SIGLO TRAS EL NACIMIENTO DE SARTHOU CARRERES

Ya no creemos en predestinaciones ni hay oráculos, ni los arúspices examinan las entrañas de las aves, pero la Coincidencia, así, con mayúscula, nos hace reflexionar muchas veces sobre las curiosas circunstancias que se dieron en la vida de muchas personas. Y esas circunstancias van desde la consideración pueril de haber nacido en tal o cual día, hasta hechos y acaceres, encuentros y viajes que, efectivamente, modelan y determinan, en cierto modo, los cursos vitales y los caracteres de muchas personas.



Ilmo. Sr. D. Carlos Sarthou Carreres.

Don Carlos Sarthou Carreres vino al mundo precisamente el día de San Carlos Borromeo, cuatro de noviembre, en el año del Señor de 1876. En esa fecha cada año celebran el patronazgo del glorioso patriarca milanés dos grupos humanos de muy distinta, casi diríamos de antitética, dedicación: los bancarios y —al menos por lo que a Valencia se refiere— los convocados, los que sienten la voca-

ción, como creadores, como estudiosos, como críticos o como simples admiradores —tal es mi caso— a las artes plásticas. La Real Academia y la Escuela Superior de Bellas Artes y esta misma revista se emparentan, se vinculan nominativamente, con el Santo al que Valencia dedicó un pequeño templo, que ahora está cerrado y poco menos que en ruinas, en la parte Este del recinto cercado del viejo Hospital Provincial.

Decía Dámaso Alonso en una de sus inolvidables conferencias, que la vocación lírica de Garcilaso de la Vega venía, de algún modo, predeterminada por su nombre y por su lugar de nacimiento. Aquel Laso, junto al hispanísimo García, evocaba un agradable cansancio lírico, cuna de la meditación entre combate y combate. Y también tenía, para el esclarecedor de Góngora, gran importancia en la vida del poeta toledano, el haber nacido en una pina y pedregosa calle de la ciudad que abraza el Tajo.

Nació Sarthou Carreres en Villarreal de los Infantes, como consecuencia de la diáspora conllevada por la Revolución Francesa. Aquel claro linaje galo se anclaría en el Norte de la Región valenciana, junto a los naranjos y las huertas bajas del litoral, en uno de los hitos de la Reconquista del Reino. Y la sangre de Francia vino a germinar en alianza con el linaje de los Carreres, para producir esos frutos que ya conoce, y conocerá para siempre, todo valenciano que alcance o sobrepase una cultura media. Porque en las investigaciones de don Carlos Sarthou Carreres, en sus plurales publicaciones y en el magisterio de toda su vida hay algo que comenzó pero que no acabará: unos descubrimientos, unos puntos de vista y unas actitudes que en todo momento podrán ser zona de partida para la tarea de los estudiosos de sucesivas generaciones.

Cuando, líneas más arriba, he escrito, muy próximas la una de la otra, las palabras «patronazgo» y «patriarca», a punto estuve de buscar un sinónimo para evitar la reiteración. Pero las dejé así, porque la casualidad o el subconsciente acababan de concederme uno de sus pequeños favores. La vida de Sarthou Carreres tiene mucho de patriarca y de paternal. La imagen que de él conservamos quienes le conocimos en los últimos años es, efectivamente, la de un anciano patriarca de blanca y recortada barba, cuyo retrato se pinta en las retinas, vistiendo las galas académicas y transpirando, aún dentro de la mayor solemnidad, una sencillez encinta de plu-

rales e intensos efectos, que se reflejaban en el gesto, lleno de paz, y en la penetrante mirada.

La justicia y el derecho le preocuparon y le llamaron desde el principio, y graduado de bachiller en 1893, emprendió los estudios de la abogacía en la Universidad de Valencia. Tal vez acuciaba su mente el deseo de un mejor entendimiento de los hombres, más vívido y más punzante por el latigazo de la Revolución Francesa, pronunciamiento intelectual de justicia y de equidad, paradójicamente colocado en la cima de una escalada de horrores. Tras haberse doctorado en Madrid, ejerció como juez en su Villa natalicia, para pasar luego al ejercicio de la Secretaría Judicial, en la casi inmediata y esplendorosa Burriana.

Más tarde vendría un hecho importantísimo en la vida del ilustre patricio valenciano, y muy importante también para la cultura de nuestro país: en 1920 don Carlos Sarthou Carreres era trasladado a Játiva, la ciudad de los Papas, la de las innúmeras fuentes, la de los largos silencios, la de la soterrada historia, la de los solemnes ademanes de piedra y otras tantas edificaciones nobles, la del castillo vigil sobre la atalaya de rocas.

No han pasado muchos años desde el tiempo en que los estudios de Derecho eran punto de partida habitual, no sólo para las dedicaciones esencialmente jurídicas, sino también para otras muchas, tales como el periodismo, la economía, la sociología, la política y un largo etcétera. La justicia, ese deseo innato del alma humana, queda siempre lejos. No es, en verdad, cosa de este mundo. Y para acercarse a ella, al menos en intuición fugaz, en mirada de buceador que atisba una silueta sumergida, son buenos los caminos del arte. En Játiva dedicó el doctor Sarthou Carreres sus mejores energías a la historia y a la arqueología, encintas de tesoros artísticos. Su corazón y el de su esposa quedaron prendidos allí. Y un arco de afectos filiales se estableció entre Villarreal y Burriana, la primera de las cuales nombró a Sarthou hijo predilecto y la segunda le acogió como hijo adoptivo.

Gracias al esfuerzo permanente de un hombre nacido para sembrar el bien a su paso, se consiguió la declaración de monumentos nacionales, con la consiguiente protección, a los templos de San Félix en enero de 1930 y a la Iglesia Basílica Colegial de Játiva. El castillo y el museo habían de ver también protegidas sus almenas y su contenido por la actividad infatigable de este setabense de honor, a quien se debe también la conservación de los archivos de la Colegiata y del Ayuntamiento. Todo esto entraña, aparte de una visión profunda, una capacidad de gestión y de combate que parecían imposibles en un hombre de su constitución física de leptosomo. Su vida y su obra se unen directamente a todo lo

que tocó pero, especialmente, a Játiva. Como dice su hija Lidia, «Játiva fue su tesoro espiritual al que dedicó sus mejores energías de arqueólogo, historiador y publicista».

Su paso por la judicatura española constituyó un permanente esfuerzo en pro de la clase profesional. Esta fue la constante de su vida. Pero no se esforzó por mejorar la posición de las personas como objetivo final, sino en conseguir que dichas personas pudiesen rendir mejores servicios a la altísima causa por la que trabajaban.

Otro pormenor importante en la vida de Sarthou Carreres, nacido de su polifacetismo, es la condición de publicista prolífico. Su modo de hacer se asemeja, en cierto modo, al del periodista, ocupándose vivazmente de temas distintos, con actualidad, profundidad, estilo sencillo y lectura amena. De 1904 data su primera obra en la bibliografía personal. Es la tesis de doctor que lleva por título «El matrimonio» y que se edita en Villarreal de los Infantes. Le sigue «Viajes por los Santuarios de la provincia de Castellón», en 1909; y en el mismo año aparece «Villarreal y sus santuarios». Seguimos copiando, no con el ánimo de citar masivamente, cosa fuera de lugar en este artículo, sino con el de dar una idea del cambio de frente intelectual que experimenta la pluma del doctor Sarthou. De «Una excursión a Peñagolosa», que se edita en Burriana en 1910, saltamos a «Estadística y anuario para uso de los Juzgados Municipales de España», que ve la luz en la misma ciudad al año siguiente. Todavía estamos en los tiempos de Sarthou en el Norte del viejo Reino. En 1914 aparece «La provincia de Teruel. Datos para su geografía». Sarthou no se limita al área exclusivamente regional. En 1919, edición de «Musseum», Barcelona, aparece «El monasterio de Piedra» y en el mismo año el «Índice cronológico de la legislación referente al Registro Civil», impreso en Barcelona por Bayer Hermanos.

Ahora estamos en 1922 y las publicaciones, a partir de este momento, van a tener un carácter más localizado, salvo excepciones, en las que la mente de Sarthou se extenderá por toda la nación, como es el caso de «La iconografía mariana en España», que ve la luz en 1929, o «Jardines de Aranjuez», 1950. Casi el resto de la producción, que queda en archivos y bibliotecas, y que se compone de 83 obras, entre libros y folletos, se refiere a Játiva, descontando, como ya lo hemos hecho, la obra de los primeros tiempos en Castellón y su provincia.

Sarthou Carreres fue un ejemplo de muchas cosas a la vez y entre ellas figuran las virtudes humanas que importan más: la fe con tolerancia; la laboriosidad creativa y contagiosa; el sentido de la justicia; la humanidad más entrañable; la sencillez; y eso que sirve, medio en burla, para designar el tra-

bajo por el que no se perciben dineros, ni siquiera los ganados con honor, también llamados honorarios; es decir, el amor al arte, el amor al arte vivo y el amor al arte que recubrían la tierra y los siglos.

Honores y recompensas, llamadas al seno de doc-
tas corporaciones en las que trabajar, galardones y
homenajes, no fueron más que otros tantos reconoci-
mientos, oficiales o privados, testimonios de grati-
tud que Sarthou ni pidió ni rechazó nunca y entre los
que continuó siempre con su andadura, cuajada de
dignidad y eficacia. Tampoco haremos la relación
de tales galardones.

En Játiva, en su Játiva de mutua y recíproca
adopción, le cerca desde el veintiuno de julio de

1971, la infinita paz del Señor. En la tierra del
camposanto, dentro del valle del que un día se
enamoraron él y su esposa, podría escribirse, con
caligrafía de surcos, el epitafio que Unamuno quiso
sobre su tumba:

Abreme, Padre Eterno, tu pecho.

Misterioso hogar.

Dormiré allí, pues vengo desecho,
del duro bregar.

CARLOS SENTI ESTEVE